



ISIDRO FABELA, UN VALOR AL SERVICIO DE MÉXICO

POR OSCAR KAUFMANN PARRA,
(periodista)

Cuando don Isidro Fabela me entregó hace poco más de un año en su magnífica Casa del Risco en San Angel, las últimas cuartillas para el libro *Paladines de la Libertad*, el cuidado de cuya edición corrió a mi cargo, el impacto de su calidad humana, a la vez austera y cordial, había ya hecho profunda impresión en mí.

Periodista joven, acostumbrado al aquilatamiento de nuevas personalidades a la luz de un agudo sentido de la crítica, tropezando todos los días con valores falsos que sobre todo en el campo político pretenden tarifarse a precio de oro y exigen tratamiento en consecuencia, aquel hombre sencillo y afable, de cuyas cualidades estaba yo enterado ya por boca de uno de sus más entrañables amigos —don Gabriel Alfaro—, resultaba no sólo tal como me lo habían descrito, sino aún más sincero en el contacto directo y la apreciación personal.

Hubiera sido comprensible que semejante relación, tan espontánea cuanto accidental, no viniera a significar para el doctor Fabela sino una más entre las múltiples visitas diarias que por una u otra circunstancia debe atender. Sin embargo, él abatió desde nuestra primera entrevista todas las barreras para dar ocasión, como es su costumbre, de que aquel trato inicial se estrechara llevando a un solo encuentro: el de una amistad forjada al calor de la que él sabe brindar con una sencillez que en otro se antojaría afectada, pero que en don Isidro constituye una cualidad más que añadir a su personalidad rica en todos los aspectos.

Su trato exquisito, su caballerosidad, sus antecedentes de político y escritor de altura, lo revelan como hombre de una sola

pieza, intransigente, en su limpia trayectoria pública, señorial en su vida privada, brillante en su competencia profesional, sólido y elegante como escritor. Pocos hombres como él, tienen derecho a volver la cabeza y considerar con justicia que han cumplido una fecunda misión a su paso por la vida.

Ha sabido buscar y encontrar la verdad y en sus actos, sea como intelectual, político o jurista, se refleja la inquebrantable honradez del hombre que no transige ni consigo mismo cuando se trata de luchar por lo que su gran sentido le indica como justo.

Esta íntima substancia que distingue y selecciona a muy pocos hombres en el ejercicio del derecho a llamarse probos, le dio desde joven ocasión de participar activamente en la reestructuración política e institucional mexicana.

Cuando era fácil que por sus pocos años le deslumbrara el oropel de los falsos valores, poniéndose al servicio de la Dictadura anquilosada pero firme sobre los cimientos de la aparente resignación de nuestro pueblo, Fabela supo ver adelante y olvidar el conformismo, jugándose sus primeros laureles de flamante profesionista y orador, entregándose a la causa maderista. Al lado de otro luchador cuya integridad no vaciló ni ante el sacrificio, el gobernador de Chihuahua don Abraham González, Fabela encontró su primera directriz luminosa, logrando a base de rectitud y servicio, ganar la confianza de aquel norteño recio y sincero que percibió —quizás antes que nadie— la condición especial del muchacho inquieto y talentoso a quien encargó la Oficialía Mayor de su Gobierno. Cuando la sangre de don Abraham se vertía en la consumación del sacrificio que encumbraba la usurpación, Fabela escapó milagrosamente al holocausto, sólo para poner otra vez su brazo y su inteligencia a disposición de la causa legitimista. Ahí, al lado del patriarcal hombre de Cuatro Ciénegas que se alzó para redimir la muerte de Madero como una figura arrancada del Antiguo Testamento, Isidro Fabela encontró de nuevo el sitio que le reservaba la Historia.

Don Venustiano Carranza, buen conocedor de hombres al fin, penetró también hasta la raíz de aquel espíritu libre, encontrando en él un colaborador a quien podía encomendar, por su lealtad y competencia, algunas de las mas delicadas tareas a que hacía frente internacionalmente México en aquella época dos veces peligrosa de luchas intestinas y caos mundial.

Ahí brilló ya con destellos propios la figura de Fabela como internacionalista. Haciendo propio el viril espíritu popular de independencia y soberanía alentado por don Venustiano, rechazó amenazas y estableció la tesis serena pero enjundiosa del no-intervencionismo, cuando el vecino del Norte tocó en tono amenazador a nuestras puertas y más tarde las derribó hollando el suelo patrio con su atrabiliaria intervención.

Fabela, puso entonces los cimientos de una nueva ética internacional, y, seguro de su verdad, no vaciló en proclamarla en toda ocasión. Representando a México en la Liga de las Naciones, fue suya la única voz que clamó contra la masacre en Etiopía. Como juez ante la Corte Internacional de Justicia en La Haya —uno de los contados juristas latinoamericanos y primer mexicano que han sido objeto de tal honor—, su competencia profesional y su justiciera actuación le forjaron un prestigio mundial indicutible.

Cuando concluyó la tormenta que encauzó al país dentro de los senderos de paz y progreso que hoy recorre, Fabela, el maestro, surgió para educar desde la cátedra con su palabra y con su ejemplo, a las nuevas generaciones que hoy reflejan, en los más altos puestos que México puede conferir para la guía de sus destinos, la hombría de bien, el amor a la verdad, el espíritu justiciero y el talento puesto al servicio de las causas nobles, del hombre ejemplar que hoy cumple cincuenta años de ejercicio profesional.

Don Isidro Fabela con su immaculada trayectoria, dotado de virtudes ciudadanas que lo hermanan con los grandes humanistas del Renacimiento, con una calidad personal que lo ha llevado siempre al auxilio de los necesitados, protector de los animales hasta parecer franciscano, voz escuchada con respeto en los consejos mundiales, palabra escrita y consultada en decenas de volúmenes, es digno en verdad de todos los homenajes.

Siembras como la suya siempre serán fecundas y su ejemplo de lealtad a las verdades eternas que mueven al mundo, ya sea como político, profesionista, historiador, maestro y lo que es más importante todavía, como hombre que siempre ha salido con la cabeza muy alta de todas las pruebas a que le ha sometido la vida, merecen el bien de la Patria y el agradecimiento de sus conciudadanos.